

FILMS SELECTOR

FilmoTeca

de la Gran Vía

EN ESTE NÚMERO

Carnaval de 1931: Sugerencias de disfraces. — El cine y la moda. Ventanas de ensayo, por Anna Plana. — Esplendor y crisis de Max Lindor, por María Luz, etc.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

AÑO II — N.º 17

7 de febrero de 1931

30
Cta

Filmoteca
de Castellón
El Gran Charco



Das interesantes escenas de esta graciosa y magnífica producción de la que es protagonista el idolo de los públicos

MAURICIO CHEVALIER

Es un film
Paramount.

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomas G. Larrasa



REDACCION
ADMINISTRACION
Diputación 219 Tel. 13022
BARCELONA

DELEGACION EN
MADRID ALGERIA
EL FOGAR Y LA MODA
Calle de la Moneda, 211, 1.º planta



PRECIOS
DE
SUSCRIPCION

Espana y America
Trimestre 375
Semestre 750
Un año 1.500

América y Portugal
Trimestre 475
Semestre 950
Un año 1.900



CADA
SABADO

NÚMERO SUFICIENTE
50
CENTIMOS



¿Cuánto ganan los artistas hispanos?

De los que actualmente están trabajando en Hollywood, al que más se dió fué a Ernesto Vilches: 8.000 dólares por película; lo que equivale a 4.000 por semana, durante las dos semanas que suele durar la filmación. Y, naturalmente, el trabajo no es constante. Vilches, en las diez últimas semanas, sólo hizo dos películas, «Cascarrabias» y «Wu Li Chang», no cobrando en total más que los 16.000 dólares correspondientes, en vez de los 40.000 que hubiese percibido, de abonársele todas las semanas. Al cabo del año, puede llegar a cobrar unos 80.000 dólares.

José Crespo es el artista mejor pagado, después de Vilches. En su primera película hablada, «Olimpia», se le dieron 650 dólares semanales. Hoy tiene un contrato con la Metro por 40 semanas, a razón de 1.000 dólares cada una de las veinte primeras, trabaje o no trabaje; y de 1.250 las semanas restantes. Le sigue en sueldo Elvira Morla, que está recibiendo 800 dólares semanales en la First National, donde ya le han ofrecido 1.000 para las próximas películas.

Pablo Alvarez Rubio, recién llegado de España, cobró su primer sueldo a razón de 750 dólares semanales. Pero hay que tener en cuenta que galanes jóvenes como Crespo y como él no abundan.

Soledad Jiménez, la veterana del cine hispano, después de veinte años haciendo toda clase de películas, especialmente en inglés, ha llegado a los 700 dólares.

María Alba, que es la que más trabaja entre todas sus compañeras, suele cobrar 650 dólares. Generalmente, siempre está filmando. Puede calcularse, así, que bien puede ganar unos 30.000 al año.

Carmen Rodríguez y Luis Llana están cobrando 500 dólares semanales, lo mismo que Romualdo Tirado.

Tito Davison y Juan Eulate perciben actualmente 450 dólares. Juan de Homs, 300. Juan Torená, 250. Y Juan de Landa (¡van cuatro Juanes!), que comenzó cobrando 250, y a quien dieron el protagonista de «El Presidio», porque tenía el tipo apropiado, pagándole entonces 500, ¡ya se descolgó pidiendo 1.000 para lo sucesivo!...

Claro que contra el vicio de pedir está la virtud de no dar. Anoto este detalle solamente a título de información.

Si uno tiene cara de bruto, por ejemplo, y se necesita un bruto, ¡el de la cara de bruto se lleva el papelito! Y el que hace bien de bruto o de tonto una vez, porque él realmente es bruto o tonto, ya se cree con derecho a hacer todas las brutalidades o tonterías que quieran permitirle. Y a cobrarlas caras.

BOLETÍN DE SUSCRIPCION

Trimestre, 875 pts. - Semestre, 1.750 - Año, 3.500

Nombre _____

Calle _____ núm. _____

Población _____ Provincia _____

Desear suscribirse a **FILMS SELECTOS** por un trimestre - semestre - un año. (Táchase lo que no interese.) A partir del 1.º _____

El importe se lo remito por giro postal número _____ impuesto en _____

o en sellos de correo. (Táchase lo que no interese.)

(Firma del suscriptor)

de _____ (Fecha)

de 1931

Films Selectos sale cada sábado

TINTURA MARTHAND

DE POSITIVOS Y RAPIDOS RESULTADOS



Tiñe las CANAS

con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña . . . 4 ptas.

Caja grande . . . 6 »

DE VENTA EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS

COQUETERIA

Hay una coquetería peligrosa y otra que es una virtud. Esta última es la que la Condesa Drillard enseña en los consejos, recetas y datos de su aristocrática obra

Para ser elegante - Para ser bella

Remita cuatro pesetas a la Administración de

El Hogar y la Moda
Hipulacías, 211, Barcelona
Valverde, 30 y 32, Madrid

y la recibirá sin otro gasto a vuelta de correo.

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el pseudónimo que quieran que figure al publicarse.

No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consulta.

DEMANDAS

85.— Los tres mosqueteros descartan saber las principales películas en que ha actuado como protagonista Billie Dove, así como su biografía.

86.— Sevilla en Roma desearía le mandaran la dirección del gran tenor José Mojica.

87.— Lily dice: ¿Los simpáticos colaboradores de Filas Selectos tendrían la amabilidad de enviarme por medio de esta revista la letra de la zarzuela titulada Las Hileras de la cual sólo conozco la música?

88.— Cinelandia desearía saber por medio de algún lector de esta simpática sección el nombre de la graciosa artista que trabaja en El desfile del amor y que hace de doncella; y también si es la primera vez que trabaja en el cine.

¿Había alguien que me dijera la biografía de Greta Garbo y también si esta estrella en su vida privada es la misma vamp que aparece en sus creaciones.

CONTESTACIONES

60.— Una enamorada del cine, contesta a Tristán que le sería muy agradable sustener correspondencia con él, si acepta dígale en esta revista la forma de cambiar las direcciones.

61.— De Monsieur Beaucatre a Un beso a medianoche: Mary Brian se llama en realidad Louise Dantzig. Nació en Corsicana, Texas, el 17 de febrero de 1908. Soltera y sin motivo que pueda suponer una próxima boda. Terminó hace poco su última película titulada en inglés The Social Lion, habiendo hecho anteriormente Marriage Playground.

Respecto a El beso no sé la acogida que haya tenido en Barcelona. En Madrid agradó únicamente la actuación de Greta Garbo, que como en todas sus películas hizo una interpretación irreprochable. Si no es por la actuación de ella la película hubiese sido un fracaso.

62.— El mismo a Juana de Arco: La información que, dice usted, leyó en Estampa, por ahora no es cierta. Se conoce que An-

pato Verardini, que firmaba dicho artículo, no tenía suceso o noticia con que deleitarnos leyendo su deliciosa prosa, y recordando que el día de los inocentes estaba próximo escribió dicha información. No hay rumor siquiera de ello.

63.— El mismo a Dandy: Marion Davies nació en Brooklyn, Nueva York, el 3 de enero de 1898. Su verdadero nombre es Marion Douros y la última película interpretada por ella es Rosalía. Soltera y sin novio.

64.— El mismo a F. Domingo Puché: El Caballero Negro: Los dos principales intérpretes de La regata del amor son Sally Phillips y Charles Marton. La protagonista de La lucha por el trofeo es Eva Grey. Las dos últimas preguntas siento no poder contestarlas.

65.— El mismo a Una muchacha de ahora: Las últimas películas de Charles Rogers son Follow Through, Safety in Numbers, Half Way to Heaven y Aguiluchos. Nils Asther en la última producción que trabajó fue Tentación. De Charles Rogers no se sabe nada absolutamente de que piense casarse, por ahora. No se le ve, como a otros, acompañando asiduamente a alguna artista, lo que podía hacer suponer una próxima boda entre ellas.

Lawrence Gray no ha tenido ninguna producción que hiciese distinguirla de las demás. Sus mejores son Somos incompatibles, La niña de Florida y Después de media noche. A su cuarta pregunta, siento decirle que no sé cómo se llama el perro de Charles Rogers.

Das contestaciones de Delgado:

66.— Para Los caballeros del desprecio: La protagonista de El Gran Desfile es Renee Añores.

67.— Para Fillos: El protagonista de Bajo la máscara del placer es Werner Kraus-

¡JOVENES! ¡JOVENES!

que tenéis muchos granos en la cara (Acné juvenil), podéis eliminarlos obteniendo un cutis limpio y agradable usando

OXILON

VENTA EN TODA
BUENA PERFUMERÍA Y FARMACIA

Para instrucciones escribid a
PRODUCTOS CUTISÁN
Montaner, 10. - Barcelona

A los que nos piden direcciones de estrellas, les suplicamos vean las listas que publicamos en los números de la revista.

LA INQUIETUD ARTÍSTICA DE FÉLIX DE POMÉS

Félix de Pomés es un español auténtico que, de haber nacido en otros siglos más propicios al esfuerzo individual, hubiera guerreado en Flandes, navegado en corso por el Mediterráneo, conquistado nuevas tierras en América, o hubiera acabado prisionero en Argel o luchando en Grecia con los turcoples y las huestes malditas del traicionero duque Miguel.

¿Quién sabe hasta dónde llegara este español dado a la aventura y de alma fácil a arder en las lumbres de toda inquietud, cuya tienda plantaron sus intranquilidades bajo todos los cielos de Europa?...

De una voluntad férrea, Pomés nos ha demostrado, a todos cuantos le conocemos, que sabe llegar a lo que se propone, siempre que en sus propósitos triunfe un noble anhelo de superación.

Boxeó en un tiempo, y logró ser una de las primeras figuras del entonces nuevo deporte en España. Se dedicó al balompié, y pronto le vimos a la cabeza de los primeros equipos nacionales. Quiso saber del noble deporte de la esgrima y, no hace mucho, le vimos triunfar rotundamente en un campeonato internacional.

Le atraieron las inquietudes de la estética plástica y, en poco tiempo, nos ha demostrado aptitudes insospechadas, para el que parecía habérsele entregado por completo al culto del músculo. lle-



Retrato de Pirandello hecho por Pomés, en Berlín.

gando a manejar el lápiz y los pinceles con soltura y consiguiendo dominar el difícil arte del retrato, como nos lo demostró en la última exposición que, de sus obras, hizo en uno de los salones de más crédito de nuestra ciudad, hace escasamente un año. Le sedujo el arte de Talia y pronto alcanzó, dentro de los escenarios barceloneses, una personalidad que, de haber continuado en el empeño, hubiera dado de sí frutos maduros, como dió esperanzadoras flores, apenas se inició en el difícil arte.

Recorrió, más tarde, la Europa central, y, atraído por las especulaciones artísticas del arte mudo, nos sorprendió un buen día triunfando de la masa anónima de los estudios de la UFA y mostrándonos una nueva ventana abierta de su polifacética espiritualidad y de su dinámica inquietud.

Ultimamente, como ya nuestros lectores saben, fué contratada por la Para-

mount para que realizase alguno de los principales papeles de las comedias sonoras que para esta empresa se han realizado en los estudios de París, en cuyos elencos figuran los principales actores y actrices de nuestro teatro. Solamente algunas de las películas por él realizadas han llegado a nosotros — las primeras — y nada sabemos de las que dejaron de ser ensayos solamente, para convertirse en algo más definitivo y perfecto.

Pero ya en las primeras se nos muestra Félix de Pomés como un gran actor de carácter, dotado de una gran sensibilidad, dueño de una gran facilidad de expresión, poseedor de una figura de noble continente y serenos ritmos, y dominando siempre por ese su eterno afán de superación que hace de él, allá donde se define artísticamente, un constante autodidacta ansioso de constantes modelamientos íntimos que le alejen del

Félix y Carmen Larrabelli son las «partenines» de nuestro compatriota, a quien no tardando mucho veremos ocupar uno de los mejores puestos de la cinematografía en castellano. Yo estoy seguro de que Félix de Pomés no se conformará con un segundo puesto, pues sería echar por tierra toda su vida y todos los afanes que la movieron hasta ahora. No se necesita más que el director que le encuce y el argumento apropiado para que



anónimo que no ha sabido nunca soportar.

Nuestros lectores, para los cuales será desconocida la mayor parte de sus realizaciones cinematográficas, podrán darse cuenta de este su eterno anhelo de perfección, con las fotografías que ilustran el texto de esta pequeña información que creemos merecida por nuestro paisano, al que no se puede ni se debe escatimar elogio alguno, ya que todo se lo debe a sí mismo, y todo lo conquistó merced a su



autoeducación artística y a su férrea voluntad. Nosotros, que tantos elogios hacemos de actores americanos, de mucho menos categoría artística, queremos rendir a este español un elogio sincero que le anime en los comienzos de la lucha, que, ahora más que nunca, ha de ser empeñada y dura para él. En «Vacaciones del diablo» y en «El secreto del doctor», dos de las obras que Pomés ha realizado para la Paramount, podrán nuestros lectores observar las cualidades a que hacíamos anteriormente referencia. La Zúf-



nuestro compatriota realice su película. Yo así lo espero, pues no he dudado nunca de los hombres de la contextura espiritual de Pomés, pues sé que de esta manera se hacen los vencedores y, o mucho me engaño, o en nuestro paisano tenemos uno de los que preferirán ser inquietados por la máquina antes que abandonar uno de los primeros puestos de la carreta dorada de la farándula cinematográfica, puesto al que tiene derecho por ser tal como es y porque a todo Arte supo dedicar todo culto. M. R.

ATLETISMO

por M. R. RUBÍ

No entra en nuestros propósitos afirmar que, por el mero hecho de ser un atleta, pueda un hombre tener la seguridad de hacer una rápida y brillante carrera en la pantalla. Pero es innegable que una proporcionada y musculosa figura, y una sólida cultura física, aumentan considerablemente las probabilidades del que ya cuenta con las demás condiciones necesarias. Además, el atleta, por su robusta salud y resistencia, lleva una indiscutible ventaja sobre sus más débiles camaradas, en el encarnizado combate que se ha de sostener para alcanzar el por todos ambicionado rango de estrella.

George O'Brien, «el hombre de la figura perfecta», como le llaman sus admiradores, además de sus por todos reconocidas cualidades de buen actor, posee una envidiable musculatura de verdadero atleta, y a ella debe no poca parte de la rapidez con que ha ascendido a ser uno de los predilectos ases de la pantalla.

Nacido en la capital de California e hijo de una acomodada familia, desde niño manifestó decidida afición hacia todos los ejercicios de fuerza, desarrollando así las suyas en edad muy temprana.

Durante sus años de colegial fué uno de los más afamados jugadores de football y base-ball, de los *teams* escolares, y al declararse la guerra, se alistó en la Marina, llegando a ser, en plazo relativamente corto, campeón de peso semipesado, de la Escuadra del Pacífico.

Tal era el bagaje atlético a favor de O'Brien, cuando éste, acabada la guerra, quiso probar fortuna en el cine, trasladándose con tal fin a Los Angeles, donde a poco de llegar, entró a formar parte de la compañía con que el famoso astro vaquero, Tom Mix, reflejaba en la pantalla sus escenas del Oeste.

Las admirables proporciones de su figura llamaron la atención de John Forbes, cuando éste andaba en busca de un joven de excepcionales condiciones físicas, para confiarle el papel de protagonista en «El caballo de hierro».

Reciente está en la memoria de todos el legítimo triunfo que obtuvo el antiguo campeón de boxeo en ese difícil papel.

Desde entonces son muchos los que lleva representados con creciente lucimiento, siendo uno de los que más gloria le han dado: «el hombre», en la inolvidable película «Amanecer».

Según nuestras noticias, el mismo George conviene en que para un aspirante a héroe de la pantalla, una salud robusta y una resistencia física a toda prueba son un verdadero don del cielo, pues ambas ayudan a soportar las tediosas horas de trabajo y las múltiples fatigas a que están diariamente expuestos los intérpretes del cine mudo o sonoro.

Cierto es que las estrellas pueden dictar sus condiciones, y esto aminora mucho las molestias, pero los que empiezan a abrirse paso en las huestes cineastas no disfrutan de tales privilegios, y son nu-

merosos los casos de individuos que, dotados de talento e instrucción, han tenido que renunciar a la lucha, por ver agotadas sus fuerzas y quebrantada su salud. El aumentar las unas y conservar la otra, parece que va siendo una de las preocupaciones de los astros de la pantalla, que de pocos años a esta parte son asiduos concurrentes a los gimnasios y sociedades atléticas de la Meca de la cinematografía.

El dominio de los deportes también es condición casi precisa para los que aspiren a héroes del film. Muchas veces la entrada en un estudio depende de saber domar un caballo, hacer un arriesgado viraje conduciendo un auto, andar en plena borrasca, o sostener brillantemente un asalto a espada.

Desde luego que todos estos conoci-

de tal importancia que todos los artistas
dejando ni un día de hacer ejercicios gim-
násticos. Se puede verse por los retratos que publicamos
de Roberto Montgomery, Ramón Navarro y
George Bancroft.



En los estudios son raras las
ocasiones en las que se necesi-
ta la actuación de un «doble»,
y en cambio son muchos los
que, especializados en ese gé-
nero de papeles, se agolpan a
las puertas de aquéllos, ofrecien-
do sus servicios y haciendo po-
co menos que imposible el que
pueda un hombre ganarse la
vida en tan arriesgado empleo.
De todo el mundo refugia a
Hollywood un torrente de juven-
tud anhelosa de alcanzar los
primeros puestos en la pantalla.
¡Ay del que lo intente sin tener
el caudal de fuerzas necesario
para soportar dilaciones, desen-
gaños y hasta fracasos!
El campo está repleto, la com-
petencia es cada vez más encarni-
zada, y aunque no todos los
que acuden tienen condiciones
para triunfar, su presencia sirve
para entorpecer el camino de
los que poseen las cualidades
requeridas.
No olviden éstos que en la cú-
spide hay sitio para muy pocos,
y que la victoria gusta de coro-
nar a los fuertes.

M. R. Rumi

Digamos de paso que estas
substituciones suelen obedecer
más bien a precaución eco-
nómica, que al deseo de ga-
rantizar la integridad perso-
nal de la estrella.

En las producciones cinema-
tográficas los accidentes (a
Dios gracias) son escasos, pe-
ro no imposibles, y suponién-
do que uno de éstos ocurriera
al protagonista, se demoraría
el trabajo por un plazo inde-
finido, causando con ello lar-
gas dilaciones y considera-
bles gastos a la empresa.

Esta es la verdadera ven-
taja de los «dobles»: el que
suprimen las probabilidades
de interrupciones en la pro-
ducción.



APELES MESTRES

RECIO y fuerte, el glorioso artista está aún en posesión de una agilidad mental que no deja de sorprender. Su conversación es fácil, abundosa y amena. Este gran viejo que florece todos los días en una eterna juventud y que ha dejado en casi todas las artes la impronta de su talento, es sencillo, comprensivo, bueno. Cualquiera que fuese poeta como él, o músico como él, o dibujante como él, sin ser las tres cosas a la vez como él, la vanidad lo hubiese hecho intratable. Pero Apeles Mestres es humanamente señorial y señorialmente asequible.

Ni antesalas ni esperas prestigian su hidalguía de buena ley. Como se da el agua al caminante o el pan al hambriento, él me ofrece su charla apenas se la pido.

—¿Mi opinión sobre el cine? Bien; bueno. Siéntese.—

Y me siento. Observo que nada de lo de esta casa me es extraño. A los pocos minutos estoy familiarizado con todo. Aquella fotografía la conozco: Apeles Mestres entre sus hortensias; sí, la conozco. Se publicó hace años. Aquella panoplia yo la he visto. ¡Ah! Sí, recuerdo: la he visto. Nada me hiere ni me es hostil en esta casa recogida y tibia como un nido. Me encuentro serenamente tranquilo al lado de este patriarca de las artes catalanas, y ni siquiera me doy cuenta que los minutos pasan y con ellos el tiempo que el ilustre artista nunca ha dilapidado. Hoy, unas malditas cataratas le hacen prodigarle esforzándose en adivinar lo que sus ojos ya no ven. Ahora mismo anda revolviendo entre su correspondencia, sin decidirse a leerla porque teme no poder.

—Lea, lea — me dice entregándome una carta.

Es del único y notable paisajista Joaquín Mir. En ella el gran plutor habla de su admiración y cariño hacia Apeles Mestres.

—Me quiere, me quiere Joaquín — comenta mientras leo.

Efectivamente, es verdad. Nunca he visto mayor concesión afectuosa que esta de Mir en su misiva a Apeles Mestres. En ella le habla de admiración, de respeto, de elevado y artístico amor.

—Pues bien, el cine es para los que ven y yo casi estoy ciego.

—Pero una imaginación robusta como la de usted, no tiene necesidad de los sentidos para opinar sobre aquello que puede o no halagarlos.

—Sí, sí — concede —. Mas juzgando por lo que he oído decir, parece ser que el cinematógrafo no es un arte, sino más bien una ciencia. Y, como todas las ciencias, creo que no es absolutamente bello. Bella es la botánica, por ejemplo, si tratara únicamente de las hierbas aromáticas y de las flores preciosas. Pero habla también de los lirios apesados y de los cardos borriqueros. El cine nos hace conocer un atardecer en Estambul, ponga por ciudad, escamoteándonos el color que no ha podido captar totalmente, y esto, sin duda, es bello. Pero también nos presenta el horror de las trincheras en la última guerra e infinidad de miserias que el arte debe salvar amablemente.

—Todo ello es humano.

—Pero no artístico. El arte ha de ser bello siempre.

—Y el sonoro, ¿qué le parece?



Los amigos de "Films Selectos"

Apeles Mestres
Buenos 1931

—Debe de ser algo como las marionetas. El ritmo entre el gesto y la palabra nunca podrá producir, mecánicamente, la intensa emoción del teatro vivo, en que el fluir del verbo responde a la situación precisa del actor. Pero para que no me crea anticuado ni retrógrado, he de decirle que el cinematógrafo, tanto sonoro como mudo, está en periodo de gestación. Nadie puede precisar lo que de aquí a veinte años será esa modalidad espectacular que hoy entretiene a todos los habitantes del globo.

—¿Conoce algún intérprete de películas?

—Sí; de nombre sí. ¿Quién no los conoce? Creo que hay algunos de talento. Uno, sobre todo, que se llama Char...

—Charlot — ayúdole a recordar.

—¡Eso es: Charlot! Dicen que tiene mucha gracia.

—Sí, maestro; mucha gracia.

—Y lo más curioso, es que creo que es un hombre triste.

—Efectivamente, maestro; triste.—

Luego hablamos de sus canciones, recopiladas ahora en dos tomos. Después de pintura, de poesía, de arte, de los años que no lo agobian y de las cataratas que no acaban de formarse para poderlas operar.

—Son aprendizas de cataratas — dice humorísticamente mientras estrecha mi mano.

Va en el jardincito que rodea a la torre, caminando hacia la puerta, el venerable Apeles Mestres, me grita desde el rellano de la escalera de su casa:

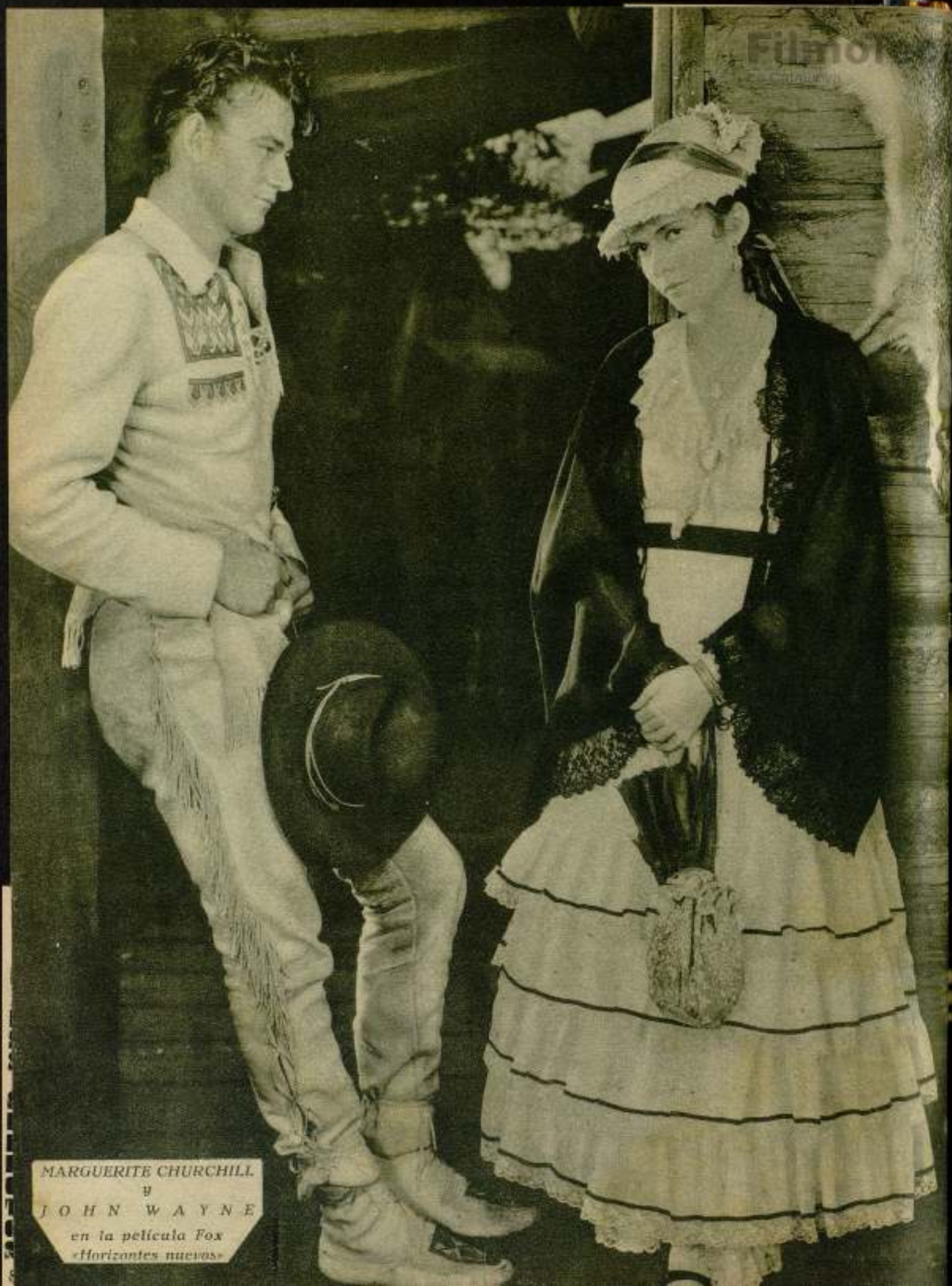
—A pesar de todo, tengo fe en el cine.

—Gracias, maestro.

—Adiós.

—Adiós.—

ANTONIO ORTIZ RAMOS



MARGUERITE CHURCHILL
y
JOHN WAYNE
en la película Fox
«Horizontes nuevos»

FilmoTeca



JACK OAKIE
en el papel de
protagonista de
«El paraíso flotante»
Exclusiva Cinéma

REALIZACIÓN NORTEAMERICANA DE UN FILM HABLADO EN ESPAÑOL



¡Toc, toc, toc...! ¡Toc, toc, toc...!



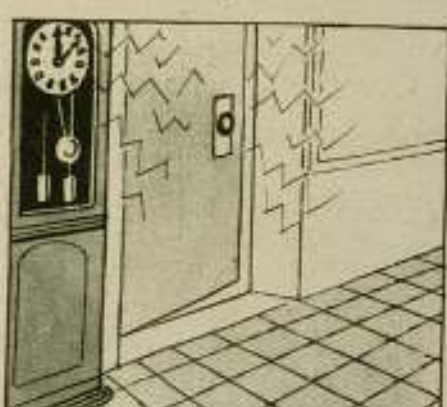
...Sol de un nocturno de amoor
de tus labios de nácar
las ambrosías quiero bebeeeer!!!



— Buenas tardes, señorita.
— Es usted muy bonito



— Yo la amo, señorita.
— ¡Oh, sí, sí!



¡Tín! ¡tín! ¡tín! ¡tín! ¡tín!
¡Patam!



— ¡Bandido! Me las pagarás ¡Yo sabre
vengarme!



¡Que sí, que sí! ¡Que no, que no!
¡Que Curro Vázquez lo mató!



— Delante de la señorita debéis sostener
que Curro Vázquez lo mató. Voy a
vengarme.



— ¡Señorita! Curro Vázquez es un
asesino.
— ¡Es un matador!



— ¡Imbécil! ¡Estúpido! ¡Animal!
— ¡Basta! ¡Basta!



— Yo soy un matador de toros y lo que
maté fué un berrendo.



— ¡Amoor! ¡Amoor! ¡Amooooor!!!

EL CINE Y

LA MODA

VESTIDOS

DE ENCAJE

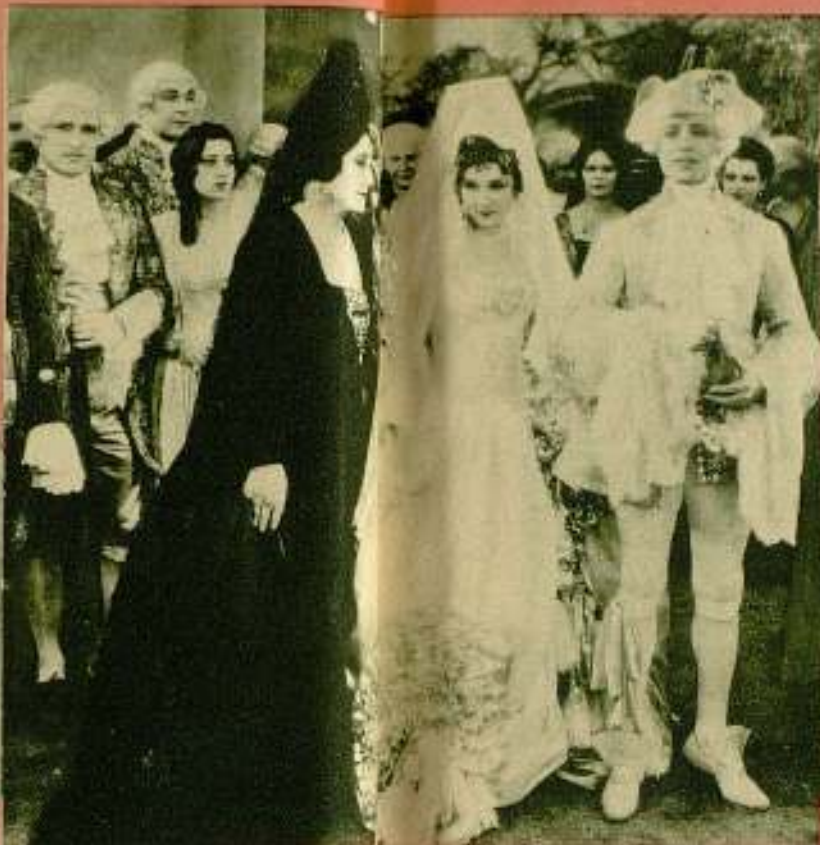
El vestido de encaje usado por HEDDA HOPPER artista de la Metro, es de un suave color azul acero que realza su fascinadora personalidad; el ancho cuello en forma de capota, los volantes a los costados y el ramo de caracolas blancas sobre el pecho, contribuyen a añadir gracia a este elegante modelo de tarde.

La delicadeza en el detalle es la nota saliente del vestido de noche que usa la artista de la Paramount FAY WRAY es la fotografía que publicamos bajo estas líneas. El vestido es de encaje negro; las mangas y la falda están rematadas con "caprichos" hechos de erin de caballo. A la izquierda de estas líneas la admirada actriz de P. D. C. CONSTANCE BENNETT presenta otro lindo modelo de vestido de encaje. A. FLANAS





De la pel·lícula "Estrelladas", de la Metro.



De la pel·lícula "El San Luis Rey", de la Metro.



De la pel·lícula "La Novia del Regimiento", de First National.

SUGESTIONS DE DISFRACES



De la pel·lícula "El General Crack", exclusiva Cines.



De la pel·lícula "La Divesa i la mada", de Artistes Associats.



En un descamp de "El Rey del Jazz", de Universal Films.



Gracia, elegancia y distinción reunidas en la persona de la celebrada estrella ANN HARDING.

Foto Fox.

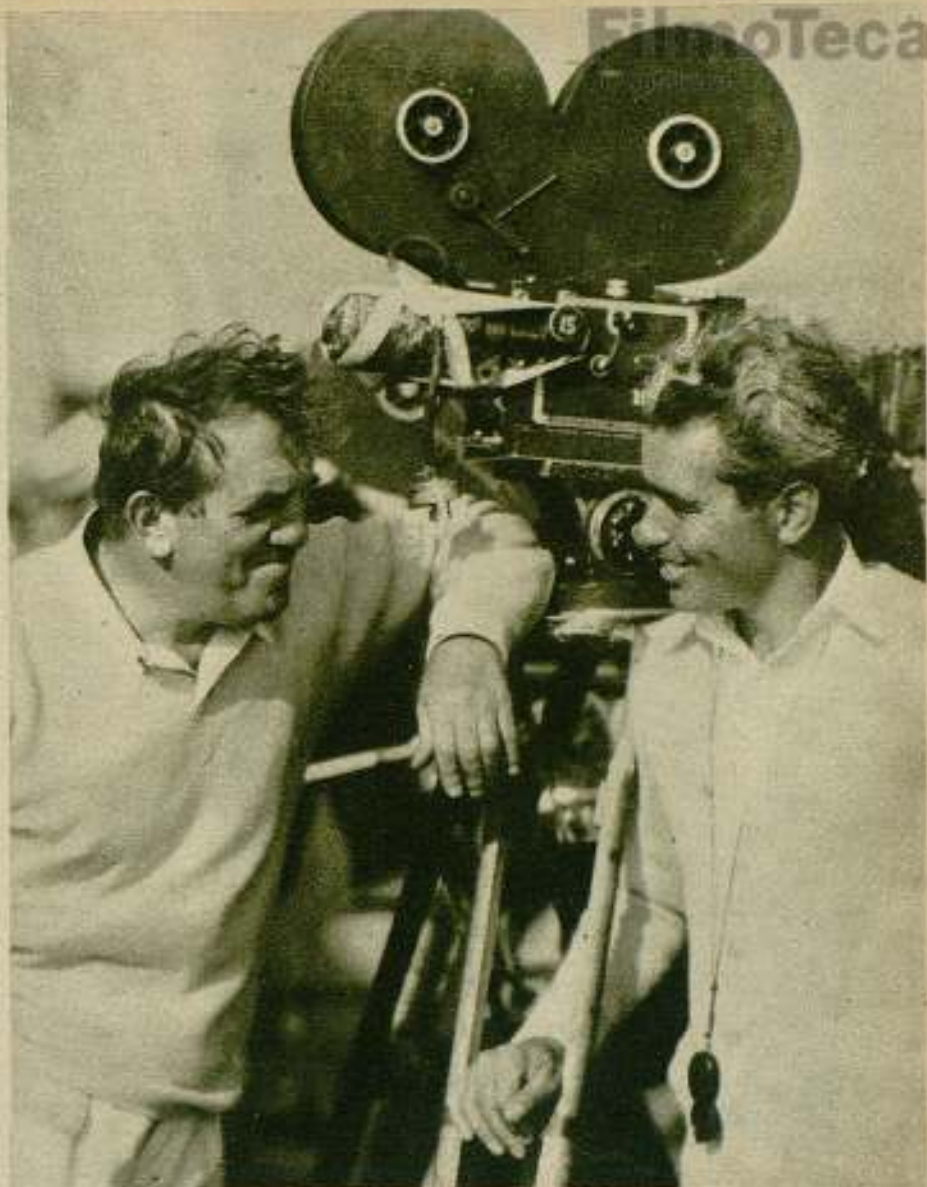
Esplendor y ocaso de Max Linder

Nos llevaba aún la niñera al cinematógrafo, cuando, entre la masa anónima de los precursores de entonces, empezó a destacarse, claro y distinto, el rostro de un verdadero, rutilante astro. Una cara incorrecta, pero saladisima, de chiquillo travieso, unos ojos llenos de toda la vivacidad de todos los ojos vivaces del mundo, un bigotín recortado cómicamente — entonces, que se llevaba con enhiestas gulas a lo Kaiser! —; una figurilla juvenil, movable, inquieta, de una comicidad nada grotesca, antes con pretensiones a cierta elegancia. Eran los días, casi prehistóricos, del «Debut de un patinador», de «El primer cigarro del colegial» y de «La vida vista a través del monóculo». Eran los días de los comienzos, verdaderamente apoteósicos, de Max Linder, primer astro cinematográfico francés.

En la, todavía breve, Historia de la Cinematografía es nuestra opinión que el nombre de Max Linder ocupará preferente lugar. Y no ya en la Historia de la Cinematografía francesa, sino en la de la cinematografía mundial que, aparte las preferencias y el rumbo actuales, tenemos que reconocer que debe mucho a aquella. En la época — remotísima, aunque nos pese — en que los programas cinematográficos se componían de una serie de vistas fijas alternadas con la danza de «La mariposa en colores», o las habilidades de un señor barbudo y solemne haciendo juegos de prestidigitación, la llegada de Max Linder aportó al blanco lienzo por primera vez, un poco de gracia, de arte, de interés.

Por primera vez las películas tuvieron un argumento, y el intérprete una personalidad. Personalidad que, durante largo tiempo, perduró como «única». Por entonces aparecieron algunas grandes cintas en el horizonte; entre ellas «La muerte del duque de Guisa» — que también marcó época, que también fue un film precursor —, mas los nombres de los intérpretes de estas producciones serían no eran siquiera conocidos del público. Sólo Max Linder, con sus cómicas piruetas, su radiante alegría, sus ojuelos vivaces y su negro bigotín, conquistaba a pasos agigantados la popularidad.

EN los documentos oficiales, desde su nacimiento a su muerte, ocurrida en trágicas circunstancias, Max Linder fue monsieur Gabriel M. Leuville. Había nacido el año 1885 en el pueblecito de San Loube y era hijo de un acaudalado matrimonio del país. A los diez y seis años ingresó en la Universidad de París, donde empezó las carreras de Medicina y Derecho. A los diez y siete comenzó a tomar lecciones de declamación, y, a poco, debutó en la escena hablada, haciendo papeles secundarios en algunas obras del repertorio clásico. Dos años después de haber pisado las tablas por primera vez, Gabriel Leuville — el futuro Max Linder — abandonó el teatro para empezar la carrera de arquitectura. Mas tampoco se avenía esto bien con su carácter inquieto, y renunció definitivamente al estudio para entrar en el arte frívolo, en las «varietés».



Louis Wolheim y Nick Musuraca, director y camarógrafo respectivamente del melodrama de la R. K. O. «Sheep in Clothing»
Foto exclusiva para FICHO SALICRÚ

Iba camino de lograr en ellas un puesto distinguido, si no eminente, cuando empezó el auge del arte mudo. La inquietud del joven actor le impulsó en seguida, irresistiblemente, hacia las posibilidades que en el nuevo arte pudiera encontrar. Y el arte nuevo no fue avaro con él. Verdad es que él le dio a manos llenas cuanto era y tenía: ¡su juventud, su alegría, su eterna inquietud!

La fama de que Max Linder gozó, el favor popular que le acompañó, llegaron a ser inmensos. En el año 1912 se presentó en el teatro de Novedades, de Barcelona, y, para tomar localidades, se formó a la puerta una cola interminable. Las modistillas barcelonesas faltaron a los talleres y llenaron el teatro la única tarde en que se presentó. Y al finalizar el espectáculo fue tanta la aglomeración en torno al artista, que dos parejas de la policía montada tuvieron que acompañarle hasta el hotel. Es gracioso, y muy perdonable dado su carácter, recordar que en aquella época Max Linder se vistió de torero para lidiar unos becerros en Las Arenas.

Después, Max Linder, el alegre, el juvenil, el inquieto Max, «hizo la guerra», la gran guerra de 1914. Recibió dos heridas de bala en el pecho y curó de

ellas. Pero no todas las heridas de la guerra grande las hicieron las balas, ni todas curaron al cerrarse las llagas de la carne... Licenciado en virtud del armisticio, Max recibió tentadoras proposiciones de un estudio de Norteamérica, que tardó en decidirse a aceptar y que al fin aceptó para doce films, de los que sólo pudo realizar tres. Volvió a Europa enfermo. Se casó y a poco murió trágicamente...

SE suicidó Max Linder... Dicen que le atormentaba una mórbida propensión a ver el lado sombrío de las cosas. Mas en su vida artística, en su vida pública, Max se nos mostró siempre juvenil, alegre, inquieto, como en sus buenos tiempos. Ni por un momento sintió, como Charles Chaplin, el deseo de ofrecernos muestra de sus aptitudes dramáticas. Tuvo el pudor del dolor, que es acaso el más respetable. El público no supo jamás la tortura de su ocaso.

Respetémoslo. Y en vez de ahondar en el detalle de la tragedia real que puso fin a su vida, hace ahora unos cuantos años, recordemos sólo al Max de nuestra infancia, al alegre, al optimista, al inquieto «Aprendiz de patinador».

MARIA LOZ



Jackie Coogan en la actualidad ya no es «Chiquillín» aunque sea como el perfecto artista de la pantalla.

Vida y aventura del pequeño gran artista

CHIQUELLÍN

ligneto en un enorme caballo, «Chiquillín», aguerrido, tiene un raro aire de marcialidad.



El diminuto Jackie Coogan (Chiquillín), proviene de una familia de artistas. Su madre, desde niña, acostumbró a pisar los escenarios, y ya siendo mayor de edad se hizo actriz de una compañía de vodevil. Asimismo su padre fue uno de los bailarines excéntricos más destacados de su tiempo.

Chiquillín debe su iniciación artística, y también algo de su popularidad, a Anette Kellerman que, además de una buena artista, tiene renombre universal como nadadora. A ella se debe el que Jackie se presentara por primera vez en un escenario de Los Angeles, y que anteriormente apareciera en varias películas.

Contaría aquél a lo sumo cinco años de edad cuando Jackie Coogan padre, actuaba en un número de «vaudeville» con miss Kellerman. De resultados del constante contacto con actores y actrices, Jackie comenzó a denotar grandes habilidades mímicas. Tanto fue así, que sus imitaciones de artistas llamaron poderosamente la atención de Anette Kellerman.

Pasó el tiempo. Una noche que la compañía actuaba en San Francisco, ya concluido el número de la popular nadadora, que había salido varias veces al proscenio a recoger las manifestaciones de agrado del público y había visto entre bastidores al pequeño Jackie con su madre, indicó al «respetable» que iba a hacer la presentación de un niño prodigio.

Al pronto la madre temió por su hijo y quiso llevarse-lo del teatro; pero Anette arrebató a Jackie de los brazos maternos y lo sacó al escenario, donde la artista, riéndose, le animó a que hiciera algunas de sus imitaciones mímicas. Así lo hizo Chiquillín y, ya animado por el aplauso del público, se adelantó resueltamente hacia las candilejas y se encaró con el director de la orquesta.

—¿Sabes tocar el «shimmy»?— El gesto que hizo al hacer esta pregunta, provocó grandes risas en la sala. Luego los músicos interpretaron el «shimmy», un «shimmy» dislocado y ruidoso que en aquella época era lo que hoy el charleston.

Aquello dio ocasión a Jackie de que luciera su habilidad y arte coreográficos, que asombraron al público e hicieron levantar una tempestad de aplausos.

Desde entonces Anette Kellerman trató repetidas veces de que el pequeño Jackie representara «su número»; pero ya no sólo tropezaba con la oposición de su madre, sino también con la del padre, que solía repetir constantemente:

—No quiero de ninguna manera que mi hijo sea artista. Prefiero verle suspendido de un rascacielos antes que en un escenario.—

Pero un día la compañía volvió a presentarse en Los Angeles y miss Kellerman pudo conseguir, no sin gran trabajo, que Jackie representara «su número» con el consabido «shimmy» final y obteniendo, como es de suponer, un gran éxito.

Precisamente aquella noche Charles Chaplin había asistido al teatro y hubo de quedarse profundamente impresionado de la labor realizada por el infantil actor. En su deseo de conocerle personalmente, horas después de la función se hizo presentar por Sid Grauman a la familia Coogan en el hotel en que éstos se hospedaban.

Charlot manifestó vivos deseos de conversar con el niño, que en aquellos momentos dormía agazapado en una butaca y, a instancias de sus progenitores, el mismo, cariñosamente, le despertó. Apenas si se saludaron puesto que Chiquilín volvió a dormirse ante el estupor del «rey de la risa», que de nuevo sacudió su modorra e hizo que esta vez el pequeño gran artista charlara con él más extensamente y en un ángulo de la habitación.

Cuando ya ambos hubieron hablado un buen rato, Charlot se acercó a mister Coogan y le dijo:

—Tenéis un hijo que es sencillamente prodigioso. Yo quisiera hacer una película con él.—

Entonces el padre de Jackie pareció malhumorarse; pero ante la sincera elocuencia de Chaplin, parecieron desvanecerse en él todos los escrúpulos.

—Si usted lo juzga así, accedo por primera y última vez a que mi hijo sea artista de cine.—

Después de aquella entrevista celebrada con el matrimonio Coogan, Charlot se dispuso a trabajar en una comedia de corto metraje y puso frente a los potentes focos cinematográficos al pequeño Jackie Coogan.

Empero a medida que éste rodaba más y más escenas, la película terminó siendo una gran producción de metraje completo.

La labor extraordinaria de tan grande como diminuto actor, atrajo bien pronto la atención de los productores y directores cinematográficos, pudiéndose decir que desde entonces comenzó una ca-



He aquí a Jackie Coogan, en sus apoteósicos tiempos en que triunfaba como «Chiquilín».

rrera de ininterrumpidos triunfos para Chiquilín.

Puede asegurarse que la labor cinematográfica ha absorbido la atención de Jackie hasta hace tres o cuatro años, época en que abandonó la pantalla para completar su educación escolar.

Actualmente trabaja en los estudios de la Paramount, donde se está filmando la cinta «Tom Sawyer», del célebre escritor Mark Twain y en la cual desempeña el papel que lleva por título la obra.

MANUEL P.
DE SOMACABRERA

Una escena de la película de la Metro-Goldwyn-Mayer, «El pequeño coronel», de la que es protagonista Jackie Coogan.



NOTAS SOBRE EL CINE SONORO

FilmoTeca
de Catalunya

La música y la palabra han despojado al cine de su mérito más precioso: el de ser un arte distinto a todos los demás. El triunfo del cine mudo ha sido magnífico al arrancar al silencio todos sus secretos de arte y de emoción. Tiene una semejanza con la pantomima, pero la pantomima, por trágica que fuera, no pasaba nunca de la caricatura, y el cine mudo ha llegado al arte sin dificultad. La diferencia entre el payaso que evoluciona en la escena, sin más medios de expresión que sus desahorados ademanes, y un Lewis Stone que envía hasta la última fibra de la sala la fina emoción de un gesto todo sencillez y sobriedad, equivale a la diferencia entre la pantomima y el cine.

La cámara, agrandando y acercando los rostros al espectador, ha hecho posible que el artista muestre el alma al público. El ademán y el movimiento se han convertido, merced a la pantalla, en elementos de emoción y de arte. El «comeraman» ha descubierto la estética de las perspectivas y de las distancias, secreto que antes era exclusivo de los pintores.

Ahora todo eso irá sucumbiendo a la atracción más viva del sonido. Ya vale más una buena voz que un buen gesto; ya vale más Jeanette Mac Donald que Jeanette Gagnor. Se comprende, porque la palabra hace inútil cualquier otro medio de expresión. ¿Qué sucederá? En apariencia nada. La gente seguirá llenando los salones, porque, con sonido o sin él, el espectáculo tiene grandes atractivos. Si para unos artistas del cine mudo la innovación representa una ruina, otros astros nuevos surgirán que no hubieran podido vivir nunca de la pantalla silenciosa. Las grandes casas productoras seguirán siendo grandes...

Pero habrá desaparecido un arte, ese arte cuyo principal distintivo es el silencio, ese arte que se diferencia del teatro, el que más cerca está de él, en que en uno hay sonido y en otro no, lo que equivale a decir que son, no sólo distintos, sino opuestos... ese arte que ahora, con la palabra, luchará difícilmente por diferenciarse del teatro.

¿Tiene Greta Garbo voz adecuada para el cine hablado? Es lo mismo. La tenga o no, Greta Garbo dejará de ser



Tres artistas, Jean Arthur, Karl Dane y George K. Arthur, que supieron destacar en el cine mudo, ateniéndose a sus medios de expresión, el gesto, el movimiento y el ademán.

la artista única que es ahora. Tendría las facultades declamatorias de Sara Bernhardt, y sería otra Sara Bernhardt, pero nunca la única Greta Garbo. Si su voz es desagradable, podemos decir adiós a esa incomparable artista del cine mudo.

El cine puede superar en algo al teatro — en el aparato escénico, en la rapidez al cambiar de lugar o decoración las escenas —, pero siempre tendrá la desventaja que tiene la fotografía frente a la persona real y el disco frente a la voz verdadera.

Con el fin de dar más libertad para que todos los colaboradores expongan sus opiniones, la redacción no se hace solidaria del contenido y concepto de los artículos que serán siempre del exclusivo criterio de sus autores.

El gesto, el movimiento y el ademán poseen en el cine mudo una belleza muy superior a la que tienen en el teatro. El cine sonoro ha tratado de unir esa belleza a la palabra y al sonido, pero resulta una extraña amalgama. Un juego de expresiones fisonómicas, uno de esos juegos maravillosos que hacen del rostro del artista de cine una segunda pantalla por la que desfilan, con admirable diafanidad, los estados del alma, los sentimientos y las emociones, son intolerables si el artista ha de formular después de todo eso un «sí» o un «tal vez».

Para hablar se requiere una mímica más breve y más superficial, mímica que no necesitan buscar los artistas del cine sonoro, porque ahí está la del teatro, que tiene resuelto ese problema desde hace cinco siglos.

Por eso la superior belleza del ademán, el gesto y el movimiento desaparecerá con el cine mudo por innecesaria.

Si no quiere el cine sonoro caer en la teatralidad habrá de mantener una lucha titánica, y a buen seguro infructuosa, para encontrar bellezas que no haya descubierto o descubra el teatro, arte magnífico que no ha cesado de progresar desde que nació. Si, por el contrario, el cine sonoro se conforma a teatralizarse, habrá perecido como arte aunque siga floreciendo como negocio.

REALMENTE, resulta una atracción el poder oír a los artistas del cine mudo que han sido nuestros favoritos, pero una vez satisfecha la curiosidad, el ingrato chapurreo que, por ejemplo, Pamplinas hace del castellano, no representará para nadie un atractivo.

Ver y oír a Vilches — otro ejemplo — en la pantalla no es un atractivo en ningún momento, sobre todo, para el que ha oído directamente su voz en la escena y le ha visto tal como es en la realidad, en carne y hueso.

A la azar han venido a la pluma estas consideraciones desfavorables sobre el cine sonoro. Es indudable que otro día pedirán su turno las ventajas, pues, como todo en el mundo, el nuevo espectáculo tiene su lado malo y su lado bueno.

JOSÉ BAEZA

Un régimen especial para adelgazar en diez y ocho días

De Hollywood y bajo la autoridad facultativa del famoso doctor Mayo ha salido el plan de régimen alimenticio para adelgazar sin perjuicio de la salud. La dieta dura diez y ocho días y el resultado de la misma es sorprendente.

Dej a conocer a mis lectoras a continuación la lista de los menús que para los diez y ocho días de desengrasarse recomiendan. El desayuno debe ser igual todos los diez y ocho días: media toronja, una tostada «Melba» (o sea una rebanada muy delgada de pan muy tostado) y café. Las demás comidas varían, como se verá a continuación, de un día para otro.

Primer día. — Mediodía: media toronja, un huevo, seis rebanadas de pepino, una tostada «Melba» y té o café. Noche: dos huevos, un tomate, media lechuga, media toronja y café.

Segundo día. — Mediodía: una naranja, un huevo, lechuga, una tostada «Melba» y té. Noche: bistec a la parrilla (sin salsa), media lechuga, un tomate, media toronja y té o café.

Tercer día. — Mediodía: media toronja, un huevo, lechuga, ocho rebanadas de pepino y té o café. Noche: una chuleta de cordero (despojada de la parte de grasa antes de cocerla), un huevo, tres rábanos, dos aceitunas, media toronja, lechuga y té o café.

Cuarto día. — Mediodía: requesón, un tomate, media toronja, una tostada «Melba» y té o café. Noche: bistec a la parrilla, berros y media toronja.

Quinto día. — Mediodía: una naranja, una chuleta de cordero, lechuga y té. Noche: media toronja, lechuga, un tomate, dos huevos y té.

Sexto día. — Mediodía: una naranja y té. Noche: un huevo, una tostada «Melba», una naranja y té.

Séptimo día. — Mediodía: media toronja, dos huevos, lechuga, un tomate, dos aceitunas y café. Noche: dos chuletas de cordero, seis rebanadas de pepino, dos aceitunas, un tomate, lechuga, media toronja y té o café.

Octavo día. — Mediodía: una chuleta de cordero a la parrilla, lechuga, una toronja y café. Noche: dos huevos, espinacas (sin salsa), cuatro espárragos, media toronja, una tostada «Melba» y té.

Noveno día. — Mediodía: un huevo, un tomate, media toronja y té. Noche: cualquier ensalada de carne (de gallina, de pavo, etc.).

Décimo día. — Mediodía: media toronja, una chuleta de cordero, lechuga y té. Noche: media toronja, una chuleta de cordero y té.

Undécimo día. — Mediodía: tostada «Melba» espolvoreada con canela y té. Noche: bistec a la parrilla, apio, aceitunas, un tomate y té.

Dieciséptimo día. — Mediodía: media langosta, galletitas (de las llamadas «crackers»), una toronja y café. Noche: dos chuletas de cordero a la parrilla, pollo crudo, un tomate, una naranja y tres aceitunas.

Dieciséptimo día. — Mediodía: un huevo, una tostada «Melba», una toronja. Noche: bistec a la parrilla, lechuga, apio, toronja y café.

Décimocuarto día. — Mediodía: un huevo, una tostada «Melba», una toronja y café. Noche: un bistec a la parrilla, un tomate, una toronja y café.

Décimoquinto día. — Mediodía: un huevo, un tomate, una toronja, una tostada «Melba». Noche: dos chuletas de cordero, una tostada «Melba», una cucharada de salsa de tomate («Catsup» u otra equivalente) y una toronja.

Décimosexto día. — Mediodía: un huevo, un tomate, una toronja y café. Noche: un bistec a la parrilla, espinacas (sin salsa) y una naranja.

Décimoséptimo día. — Mediodía: una chuleta de cordero, lechuga y una toronja. Noche: un bistec a la parrilla, un tomate, apio y aceitunas.

Décimooctavo día. — Mediodía: un huevo, tomate, media toronja y café. Noche: pescado a la parrilla, espinacas (sin salsa) y media toronja.

Los huevos, de preferencia escalfados, es decir, cocidos. Todos los manjares, en general, sin especias. Las toronjas, sin azúcar, que es también como conviene tomar el té y el café. Los tomates se pueden tomar crudos o cocidos. En cualquier caso de duda remítase en la forma que está más de acuerdo con el plan general y con la misión del régimen alimenticio.

PRIM

soberbio
film
histórico



que obtuvo
un gran
éxito en el

CAPITOL

Exclusivos Balari y Simó - Aragón, 249, Barcelona

FILMS
SELECTOS



SI NADIE LA PREVIENE...

Ella no nota cómo los otros huéspedes del hotel la miran, ni escucha cómo dicen: ¡Qué tonta! ¿Por qué no usa lentes? Dentro de poco el brazo le será corto para poder leer.

¡Ah, si ella comprendiera cómo se ridiculiza leyendo así el "menú"!

¡Si comprendiera lo que la perjudica ese esfuerzo continuo de la vista!

¡Ignota que esto le traerá pronto las temibles arrugas conocidas por "patas de gallo"!

No quiera Vd. llegar a ese extremo, y para evitarlo consulte al Óptico

J. RUIZ URREA

Ronda San Antonio, 61
TELÉFONO 33865

BARCELONA Sucursal:
Ronda San Antonio, 80

El deseo de todo aficionado al Cine



es poseer las fotografías de todos los Artistas Cinematográficos conocidos. Vd. puede fácil y económicamente coleccionarlos comprando semanalmente
"LAS ESTRELLAS DEL CINE"

8 ARTISTICAS POSTALES 30 CTS.

En cada colección regalamos un suplemento literario con las interesantes biografías de los 8 artistas publicados en la misma.

Están puestas a la venta las diez primeras colecciones y también un

Magnífico Album para 200 Postales: 2 Ptas.

En todas las papelerías y kioscos. Enviamos franco portes estas colecciones y Album remitiendo su importe en sellos de correo a Editorial Gráfica, Rambla Cataluña, 66 Barcelona

UN CUTIS DE PORCELANA



terro, fino, transparente, será la envidia de sus amigas: lo obtendrá EN EL ACTO de aplicarse un poco de

ESMALTE MILLAT

Pídalo en las perfumerías; lo hallará en tres calidades:

ESMALTE NORTEAMERICANO

Embalaje instantáneo, frasco 8 ptas.

ESMALTINA MILLAT

Combinación de esmalte y crema, frasco 10 ptas.

ESMALTE NILO-MILLAT. Producto de gran belleza, frasco grande para 3 meses, 12 ptas.

Enviando su importe en sellos a Especialidades MILLAT, Apartado núm. 541, Barcelona, lo recibirá certificado.



Lysiform

ANTISÉPTICO IDEAL DE OLOR AGRADABLE PARA HIGIENE ÍNTIMA FEMENINA

(lavados diarios en soluciones al 1% una cucharada por un litro de agua tibia). Contra flujos y enfermedades de la matriz. Granos, llagas, heridas. No mancha ni irrita.

ELÍXIR DENTÍFRICO
JABÓN ANTISÉPTICO

DIRECCIONES DE ESTRELLAS

Universal Studios, Universal City, Calif.

Lew Ayres
John Boles
Ethlyn Claire
Kathryn Crawford
Lorayne DuVal
Robert Ellis
Hoot Gibson
Dorothy Gulliver
Otis Harlan
Raymond Keane
Merna Kennedy
Barbara Kent
Scott Kolk
Natalie Kingston

Allen Lane
Laura La Plante
Jeanette Loff
Fred MacKay
Ken Maynard
James Murray
Mary Nolan
Mary Philbin
Eddie Phillips
Joseph Schildkraut
Sisters G
Glenn Tryon
Paul Whitman
Barbara Worth
Beth Laemmle

First National Studios, Burbank, Calif.

Richard Barthelmess
Bernice Claire
Doris Dawson
Billie Dove
Douglas Fairbanks, Jr.
Alexander Gray
Corinne Griffith
Doris Kenyon

Dorothy Mackaill
Marilyn Miller
Colleen Moore
Antonio Moreno
Jack Mulhall
Donald Reed
Milton Sills
Alice White
Loretta Young

Edwin Carewe Productions, Tec-Art Studios, Hollywood, Calif.

Holand Drew LeRoy Mason
Rita Carewe

United Artists Studios, 1041 No. Formosa Avenue, Hollywood, Calif.

Don Alvarado
Joan Bennett
Fannie Brice
Charles Chaplin
Dolores Del Río
Douglas Fairbanks
Lillian Gish
John Holland

Mary Pickford
Harry Richman
Gilbert Roland
Gloria Swanson
Norma Talmadge
Constance Talmadge
Lupe Vélez
Louis Wolheim
Chester Morris

Estamos organizando un nuevo concurso con valiosos premios.

CAPÍTULO XIX

Miles Sheridan amaba al mar. Además era muy aficionado a la mecánica y le gustaba pasar todos los días un par de horas en el cuarto de máquinas. Había varios hombres a bordo, y entre ellos Yale, el capitán, con quienes le gustaba charlar a veces, y además tenía muchos libros que leer. A pesar de haber organizado el crucero para un fin determinado, y bastante desagradable por cierto, no se aburría viviendo a bordo. Su humor le hacía aborrecer al mundo y le gustaba hallarse lejos de él, aunque jamás amó a Isabel como se ama a la mujer adorada. No obstante, su tracción fue para él un golpe muy duro. A veces permanecía largas horas sentado en la cubierta, fumando una pipa y mirando de un modo vago la maravillosa arquitectura de las olas, que parecían torres distantes de mármol blanco o columnas de color azul verdoso que, por un momento, se perfilaban en el horizonte para derrumbarse y surgir de nuevo. Aquello era como la vida, con sus maravillosos éxitos y fracasos, de los que a veces resultaba otro éxito, a medida que transcurría el tiempo.

A veces, la «Muñeca» pasaba por su lado mientras él estaba sentado, y si la divisaba con el rabito del ojo, se apresuraba a absorberse de nuevo en la lectura. Pero pocas eran las ocasiones en que pasaba dos veces por su lado. Parecía comprender de un modo instintivo cuáles eran las horas en que él se hallaba en la cubierta, y por eso paseaba en horas distintas.

Si aquella muchacha hubiese aceptado su sueldo y conservado las novelas francesas, Sheridan apenas habría pensado en ella, a excepción de cuando, con disgusto, recordase la necesidad de desembarcar y de mostrarse en público en su compañía.

Pero arrojó al suelo ocho novelas francesas elegidas especialmente para ella y diez mil dólares en billetes que le hizo entregar, y eso preocupaba mucho a Miles Sheridan. También le intrigaba un poco que una de aquellas muñecas libertinas pudiese conservar la figura, el rostro y la garganta de una joven de diez y siete años, en tanto que una mujer de buena cuna de la misma edad, es decir, de veintiséis o veintiocho, como Isabel, no podía evitar la carga de la obesidad sin someterse a una severa dieta y a un régimen de medicinas fuertes y ácidas prescritas por algún especialista secreto.

Y aquella muñeca no probaba el vino. Así lo aseguraba la señora Harkness, a quien se lo dijo Roberts, que servía la mesa de la señorita Divina. Sheridan, al oír estas noticias, contestó: «Mi querida Harkness, ten en cuenta que no me interesan las costumbres y los hábitos de la señorita Divina.» A pesar de ello, se sentía algo interesado, pero no era más que un poco de curiosidad.

A juzgar por una o dos cosas que la buena anciana dijo antes de recibir este chasco, Miles pudo comprender que su vieja niñera empezaba a sentir debilitada su desaprobación por aquella muchacha, y como Sheridan no era ningún hombre brutal, se alegraba algo de ello. Habría sido muy desagradable para la pobre muchacha el ser servida por la solemne imagen que podía adoptar la señora Harkness cuando su conciencia estaba escandalizada.

Y eso acabó por ser verdad, porque antes de una semana de navegación, la señora Harkness sucumbió al encanto de la sirena.

La doma de la vieja leona fue lenta, casi imperceptible al principio, y se realizó por medio de una serie de pequeñas sorpresas. La vieja temía que aquella joven mimada y desvergon-

un gitano, seguía siendo obscuro, si bien a la luz de la luna aparecía pálido. Los ojos estaban algo hundidos y acentuado el perfil de la nariz. También se había endurecido la expresión de los labios y la forma de la mandíbula. Ya no existía en aquel rostro el entusiasmo juvenil y la vivacidad de otros tiempos. Teresa recordó su alegre sonrisa cuando le dijo: «¿Es usted Cenicienta?» Ahora ya resultaba difícil imaginarse aquella expresión del rostro de Miles.

—No se marche usted, señorita Divina — dijo, arrojando el cigarrillo al mar.

Teresa se tambaleó, porque no es fácil andar por la cubierta de un yate que navega, antes de haberse acostumbrado al balanceo. Se levantó la proa de un modo inesperado y ella habría caído contra la baranda si Sheridan no se hubiese levantado para sostenerla.

—Muchas gracias — tartamudeó. — Me figuraba... creí... que al salir a cubierta no molestaría a nadie.

—Desde luego no me molesta usted a mí — replicó Sheridan con cierta sequedad, como desuso de que la joven no confiara demasiado en el significado de tales palabras. — Me gustaría hablar con usted, y si en ello no tiene inconveniente, podríamos conversar ahora un poco. Hacia el centro de la nave hay unos sillones y allí podremos sentarnos. Esta noche hay un poco de movimiento.

Teresa no contestó. Sentía un nudo en la lengua, como le ocurría a veces en el convento cuando la profesora de urbanidad le ordenaba, de pronto, que se figurase haber sido invitada a una cena y que se veía obligada a sostener una conversación.

Echó a andar al lado de Sheridan hacia un lugar abrigado, en donde había varios sillones. El le indicó uno y cuando la joven se sentó, él se quedó en pie con la espalda apoyada en la borda y los brazos cruzados. Entonces la luna alumbraba el rostro de ella y dejaba en la sombra el del joven.

Aquella era la primera oportunidad que tenía de ver a su compañera de viaje. Desde luego, él no lo había

procurado, porque no le interesaba mucho el verla; y cuando ella pasó por delante de sus ventanas, mientras almorzaba, ni siquiera volvió la cabeza para mirarla. Pero es casi imposible situarse ante una persona para hablar con ella sin observarle, al mismo tiempo, el rostro. Y Sheridan se sorprendió al notar el aspecto en extremo juvenil de la señorita Julieta Divina.

Desde luego eso era aparente. Como no frecuentaba su mundo, no tuvo ocasión de conocerla y tan sólo recordaba haberla visto una o dos veces en las revistas en que figuró. Sin embargo, oyó hablar de ella varias veces y recordó la celebridad que alcanzó algunos años antes, como «La Muñeca del Millón de Dólares», en una fastuosa fiesta celebrada en una azotea-jardín. Pero hacía de eso tanto tiempo, que, sin duda, aquella mujer debía de tener más de veinticinco años.

Después de los años pasados en Nueva York, habría sido natural que estuviese envejecida o tan dura como la porcelana de que se hacen las muñecas. Mas no era así, porque aquel rostro pequeño, de rasgos delicados y de barbilla infantil, era puro y dulce como el de una niña. Incluso le recordó un rostro infantil que vio una sola vez, y que no olvidó por completo; era el de una niña que ahora podría tener diez y seis o diez y siete años si aun vivía. Durante varios años no pensó en ella, pero le pareció casi insultante para aquella niña el hecho de que se le pareciese la vampiresa que tenía delante.

Esperaba que ella iniciase una conversación vulgar, mas el caso es que no habló. Se sentó y guardó silencio, fijando en él sus grandes ojos, que a la luz de la luna daban enormes. Parecía esperar algo asustada y hacer un esfuerzo para tener las manos quietas sobre los brazos del sillón.

—Me ha devuelto usted algunos libros por medio de la señora Harkness — dijo él, empezando por el asunto de menor importancia.

—En realidad no quise mandárselos a usted, pues sólo le rogué que se los llevase — replicó la joven defen-

diéndose — Descaba no verlos más en mi habitación.

— Según creo, dijo usted a la señora Harkness que eran asquerosos.

— En efecto, lo eran. Y sentiría que eso pudiese ofenderle, pero no me es posible calificarlos de otro modo.

— No me ofende en lo más mínimo — replicó Sheridan con la mayor indiferencia —. Lamento que mi amigo Hartley Phillips se equivocase con respecto a los gustos de usted. Parecía estar enterado de que sabe usted el francés. Yo no he leído esos libros.

— Va estaba segura de que no los ha leído usted — contestó Teresa sin fijarse apenas en lo que decía.

Sheridan la miró sorprendido y estuvo a punto de preguntarle la razón de que creyese tal cosa. Pero recordó a tiempo lo que Phillips le dijo acerca del papel que estaba representando, fingiéndose una ingenua. Sin duda alguna continuaba con el mismo papel y se sintió seguro de no dejarse engañar por tal artificio.

— En el salón hay muchas novelas y libros de toda clase — dijo —. Puede usted ir allá y elegir los que más le gusten. La estancia se halla a su disposición y puede tener la certeza de que nunca iré a molestarla allí. Por mi parte, no estoy de humor para mostrarme sociable, y si me encierro como Diógenes, eso no es motivo para que usted se considere prisionera. Estoy persuadido de que Phillips ya le explicó que en este viaje no se trataría con nadie y que sólo nos relacionaríamos al desembarcar, con objeto de que nos vean juntos.

— Pero no sabía, en cambio, que tendría que comer sola... como una criada — replicó Teresa algo enojada.

Sus nervios estaban excitados. Aquella tarde había llorado bastante, en lo cual tal vez hizo mal, mas no hay que olvidar que Miles fue su ídolo durante muchos años, y le entristeció mucho el verse tratada de aquel modo. Y ahora su tono frío y contenido, que habría sido desagradable para cualquier mujer, le causaba tanta pena, que las palabras de enojo salían a su pesar de sus labios.

— Es usted demasiado sensible — dijo Sheridan con cierta ironía —. Vale más que se considere... por ejemplo, una reclusa... en vez de una criada. Tiene usted su reino a bordo y yo el mío. Eso es todo. Y no hay necesidad de que uno invada el terreno del otro. Aparte de todo eso, quisiera hacerle a usted una pregunta, señorita Divina, y aprovecharé la ocasión de que estamos hablando ahora, porque puede transcurrir algún tiempo sin que se reproduzca esta ocasión.

— ¿Por qué me devolvió usted el dinero, que, según se convino, había de ser pagado en billetes de banco y no en cheque, el primer día de su llegada a bordo de mi yate? ¿Acaso quiere toda la cantidad de una vez o...?

— No, no — se atrevió a contestar Teresa —. No quiero ni un centavo. Así lo advertí desde el primer momento.

— ¿De veras! — exclamó Sheridan —. No lo entiendo, Phillips me dijo que pidió usted veinte mil dólares... por la expedición; que usted misma mencionó tal suma y que él consintió, después de una discusión, añadió que también fijó usted la forma de pago, y...

— Es una equivocación — exclamó Teresa —. No podría aceptar ningún dinero de usted.

— Pero mientras hablaba, se sintió presa del pánico al comprender que estaba haciendo traición a Julia y olvidando que ocupaba el lugar de ésta.

— Y ¿por qué no puede usted aceptar dinero de mis manos? — preguntó Sheridan insistiendo.

— Porque... porque no puedo — tartamudeó la joven.

Su rostro estaba muy apenado, pero él no creyó en la sinceridad de tal sentimiento.

Phillips, que conocía a Julieta Divina, ya le avisó. Esas muñecas suelen hacer una comedia ante los hombres. El no abrigaba la pretensión de comprender aquel juego, ni tampoco tenía interés en lograrlo, si bien le pareció que aquella muñeca procuraba conquistar su simpatía, que

él no pensaba otorgarle. En cambio, se preguntaba cómo había podido conservarse tan joven.

— Pues si no quiere usted dinero, ¿por qué aceptó venir a bordo para hacer este viaje, que, según ya podía comprender, no sería divertido? — siguió preguntando Sheridan.

Teresa no contestó. Incluyó la cabeza y se miró las infantiles manos, cuyos dedos no estaban adornados por ninguna sortija. Julia le regaló algunas y le recomendó que las llevara, mas no se resolvió a ello por parecerle impropio, y hasta se sentía incómoda al ponérselas.

— ¿Quiere usted decirme cuál es la razón de su conducta? — siguió preguntando Miles.

Ella reflexionó un instante y luego contestó:

— No.

— ¿No quiere usted? Eso es bastante raro. No puedo negar que me pone usted en una situación desagradable, señorita Divina.

— Lo siento mucho, pero no puedo remediarlo — contestó la joven —. ¿Quiere usted preguntarme algo más, señor Sheridan, o puedo marcharme ya?

— En fin, me obliga usted a hacerle otra pregunta. ¿Qué quiere usted obtener de mí, puesto que se niega a aceptar dinero?

Teresa dio un largo suspiro y replicó:

— Eso... eso es casi la misma pregunta, formulada de otro modo. ¿No es verdad?

— Tal vez. Mas le agradeceré que me conteste usted. No deseo molestarle más adelante imaginando los motivos de su conducta. Prefiero dejar zanjado el asunto ahora mismo. Me figuraba que ya no habría necesidad de volver a tratar del particular. Por esta razón le ruego que me dé a conocer la verdad.

— Pues la verdad es que no quiero nada en absoluto de usted — contestó Teresa sintiendo, a la vez, vergüenza y cólera —. Me está usted hablando como si yo fuese una bestia que sólo se deja guiar por la codicia.

Miles Sheridan estuvo a punto de contestarle que, en efecto, la consideraba así, pero se contrajo. Después de la experiencia adquirida con su mujer, que de un modo tan profundo le había herido su honor, su orgullo y tal vez su corazón, había llegado a creer que estaba ya perdida su confianza en las mujeres. Últimamente se convenció de que se alegraría de no volver a ver a ninguna joven. Y a pesar de eso, se encerró con una en aquella casa flotante y no podría librarse de ella por espacio de varias semanas. Además era el último ser de su sexo en quien se habría sentido inclinado a confiar, mas, por desgracia, no podía, sin conducirse de un modo brutal, separarse de ella en aquel mismo instante.

Todo lo que podía hacer era manifestar, con la mayor frialdad, que no se había propuesto conducirse con rudeza. Tal vez más adelante, y antes de que terminase el viaje, la señorita Divina cambiaría de conducta y sugeriría algún medio que le resultase agradable.

— Mientras tanto — añadió Miles, — hágame el favor de ir y venir como guste, sin temer alguno de molestarle. Según tengo entendido, ha vivido usted en el extranjero y, por consiguiente, es posible que conozca la vida a bordo, aunque no haya viajado antes en un yate particular. A bordo de este todo marcha como si el «Silverwood» fuese un transatlántico diez veces mayor. Nos paseamos por la cubierta cuando tenemos ganas de hacerlo, sin fijarnos en nuestros compañeros de viaje. No hay necesidad de hablar, ni siquiera de saludarse o sonreír cuando pasamos uno al lado de otro. Este es el programa. Además, si necesita usted alguna cosa que no tenga, sírvase comunicármelo por medio de la señora Harkness o del camarero. ¿Ha comprendido usted?

— Sí, señor — contestó Teresa. Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

— No me ofende en lo más mínimo — replicó Sheridan con la mayor indiferencia —. Lamento que mi amigo Hartley Phillips se equivocase con respecto a los gustos de usted. Parecía estar enterado de que sabe usted el francés. Yo no he leído esos libros.

— Va estaba segura de que no los ha leído usted — contestó Teresa sin fijarse apenas en lo que decía.

Sheridan la miró sorprendido y estuvo a punto de preguntarle la razón de que creyese tal cosa. Pero recordó a tiempo lo que Phillips le dijo acerca del papel que estaba representando, fingiéndose una ingenua. Sin duda alguna continuaba con el mismo papel y se sintió seguro de no dejarse engañar por tal artificio.

— En el salón hay muchas novelas y libros de toda clase — dijo —. Puede usted ir allá y elegir los que más le gusten. La estancia se halla a su disposición y puede tener la certeza de que nunca iré a molestarla allí. Por mi parte, no estoy de humor para mostrarme sociable, y si me encierro como Diógenes, eso no es motivo para que usted se considere prisionera. Estoy persuadido de que Phillips ya le explicó que en este viaje no se trataría con nadie y que sólo nos relacionaríamos al desembarcar, con objeto de que nos vean juntos.

— Pero no sabía, en cambio, que tendría que comer sola... como una criada — replicó Teresa algo enojada.

Sus nervios estaban excitados. Aquella tarde había llorado bastante, en lo cual tal vez hizo mal, mas no hay que olvidar que Miles fue su ídolo durante muchos años, y le entristeció mucho el verse tratada de aquel modo. Y ahora su tono frío y contenido, que habría sido desagradable para cualquier mujer, le causaba tanta pena, que las palabras de enojo salían a su pesar de sus labios.

— Es usted demasiado sensible — dijo Sheridan con cierta ironía —. Vale más que se considere... por ejemplo, una reclusa... en vez de una criada. Tiene usted su reino a bordo y yo el mío. Eso es todo. Y no hay necesidad de que uno invada el terreno del otro. Aparte de todo eso, quisiera hacerle a usted una pregunta, señorita Divina, y aprovecharé la ocasión de que estamos hablando ahora, porque puede transcurrir algún tiempo sin que se reproduzca esta ocasión.

— ¿Por qué me devolvió usted el dinero, que, según se convino, había de ser pagado en billetes de banco y no en cheque, el primer día de su llegada a bordo de mi yate? ¿Acaso quiere toda la cantidad de una vez o...?

— No, no — se atrevió a contestar Teresa —. No quiero ni un centavo. Así lo advertí desde el primer momento.

— ¿De veras! — exclamó Sheridan —. No lo entiendo, Phillips me dijo que pidió usted veinte mil dólares... por la expedición; que usted misma mencionó tal suma y que él consintió, después de una discusión, añadió que también fijó usted la forma de pago, y...

— Es una equivocación — exclamó Teresa —. No podría aceptar ningún dinero de usted.

— Pero mientras hablaba, se sintió presa del pánico al comprender que estaba haciendo traición a Julia y olvidando que ocupaba el lugar de ésta.

— Y ¿por qué no puede usted aceptar dinero de mis manos? — preguntó Sheridan insistiendo.

— Porque... porque no puedo — tartamudeó la joven.

Su rostro estaba muy apenado, pero él no creyó en la sinceridad de tal sentimiento.

Phillips, que conocía a Julieta Divina, ya le avisó. Esas muñecas suelen hacer una comedia ante los hombres. El no abrigaba la pretensión de comprender aquel juego, ni tampoco tenía interés en lograrlo, si bien le pareció que aquella muñeca procuraba conquistar su simpatía, que

él no pensaba otorgarle. En cambio, se preguntaba cómo había podido conservarse tan joven.

— Pues si no quiere usted dinero, ¿por qué aceptó venir a bordo para hacer este viaje, que, según ya podía comprender, no sería divertido? — siguió preguntando Sheridan.

Teresa no contestó. Incluyó la cabeza y se miró las infantiles manos, cuyos dedos no estaban adornados por ninguna sortija. Julia le regaló algunas y le recomendó que las llevara, mas no se resolvió a ello por parecerle impropio, y hasta se sentía incómoda al ponérselas.

— ¿Quiere usted decirme cuál es la razón de su conducta? — siguió preguntando Miles.

Ella reflexionó un instante y luego contestó:

— No.

— ¿No quiere usted? Eso es bastante raro. No puedo negar que me pone usted en una situación desagradable, señorita Divina.

— Lo siento mucho, pero no puedo remediarlo — contestó la joven —. ¿Quiere usted preguntarme algo más, señor Sheridan, o puedo marcharme ya?

— En fin, me obliga usted a hacerle otra pregunta. ¿Qué quiere usted obtener de mí, puesto que se niega a aceptar dinero?

Teresa dio un largo suspiro y replicó:

— Eso... eso es casi la misma pregunta, formulada de otro modo. ¿No es verdad?

— Tal vez. Mas le agradeceré que me conteste usted. No deseo molestarle más adelante imaginando los motivos de su conducta. Prefiero dejar zanjado el asunto ahora mismo. Me figuraba que ya no habría necesidad de volver a tratar del particular. Por esta razón le ruego que me dé a conocer la verdad.

— Pues la verdad es que no quiero nada en absoluto de usted — contestó Teresa sintiendo, a la vez, vergüenza y cólera —. Me está usted hablando como si yo fuese una bestia que sólo se deja guiar por la codicia.

Miles Sheridan estuvo a punto de contestarle que, en efecto, la consideraba así, pero se contrajo. Después de la experiencia adquirida con su mujer, que de un modo tan profundo le había herido su honor, su orgullo y tal vez su corazón, había llegado a creer que estaba ya perdida su confianza en las mujeres. Últimamente se convenció de que se alegraría de no volver a ver a ninguna joven. Y a pesar de eso, se encerró con una en aquella casa flotante y no podría librarse de ella por espacio de varias semanas. Además era el último ser de su sexo en quien se habría sentido inclinado a confiar, mas, por desgracia, no podía, sin conducirse de un modo brutal, separarse de ella en aquel mismo instante.

Todo lo que podía hacer era manifestar, con la mayor frialdad, que no se había propuesto conducirse con rudeza. Tal vez más adelante, y antes de que terminase el viaje, la señorita Divina cambiaría de conducta y sugeriría algún medio que le resultase agradable.

— Mientras tanto — añadió Miles, — hágame el favor de ir y venir como guste, sin temer alguno de molestarle. Según tengo entendido, ha vivido usted en el extranjero y, por consiguiente, es posible que conozca la vida a bordo, aunque no haya viajado antes en un yate particular. A bordo de este todo marcha como si el «Silverwood» fuese un transatlántico diez veces mayor. Nos paseamos por la cubierta cuando tenemos ganas de hacerlo, sin fijarnos en nuestros compañeros de viaje. No hay necesidad de hablar, ni siquiera de saludarse o sonreír cuando pasamos uno al lado de otro. Este es el programa. Además, si necesita usted alguna cosa que no tenga, sírvase comunicármelo por medio de la señora Harkness o del camarero. ¿Ha comprendido usted?

— Sí, señor — contestó Teresa. Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Se levantó y se alejó con rapidez para evitar que la luna iluminase las lágrimas que asomaban a sus ojos.



GEORGE BANCROFT



JEAN ARTHUR